

prueba es la ocasion ofrecida á una inteligencia libre de sacrificarse á su deber. Por fuerte que sea esta inteligencia, por dueña de sí misma que se la suponga, es siempre posible á Dios ponerla en lucha con dificultades que prueban y exaltan su virtud. Y la debilidad del alma, lejos de prestarse al acrecimiento de estas dificultades, es al contrario una razon para disminuir su peso, por temor de que sucumba la voluntad bajo un peligro mayor que ella misma. Dios, dice la Escritura, *no permite que seamos tentados superiormente á nuestras fuerzas* (1); pide poco al que ha recibido poco, mucho á aquel á quien ha dado mucho (2). Esta es la ley de la misma equidad. De aquí proviene, en la providencia de Dios sobre las almas, un progreso paralelo de la prueba y de la virtud; á medida que se fortifica el hombre en su soberanía moral, obra Dios mas libremente respecto de él, y le procura con menos escrúpulo las ocasiones de faltar ó de elevarse. Primeramente solo pide á Abraham el sacrificio de su patria; mas adelante, cuando el corazon del Patriarca se ha engrandecido por el destierro, se atreve á decir: *Toma á tu hijo único, á quien amas, á Isaac; y vé á la tierra de vision, y allí me lo ofrecerás en holocausto, en la montaña que te mostraré* (3). El acrecimiento del libre albedrío, llevando consigo el acrecimiento de la prueba, y siendo la disminucion del uno la disminucion de la otra, compréndese que no se explique el misterio de nuestro estado nativo por la razon que alega la filosofía espiritualista. Cuanto mas resolvió Dios probar al hombre, mas debió colocarle en equilibrio entre el bien y el mal, y aun inclinar la balanza hácia el lado que asegurase á sus actos la superabundancia de una libertad plena.

Segun la filosofía espiritualista, el hombre viene al mundo con una naturaleza completa, bastándose á sí misma para el cumplimiento de todos sus deberes, no teniendo nada que curar, porque no trae ninguna herida, ni nada que recibir de Dios, porque Dios le ha dado todo lo que necesita; pero débil como todo lo que nace y sujeta á la ley general de los seres, que es su desarrollo progresivo. Ahora bien, ya os he demostrado que no es tal el estado nativo del hombre, pero que hay en él una miseria moral cuya razon se pregunta sin descubrirla la misma filosofía espiritualista, y para cuyo remedio es por consiguiente impotente, lo cual la hace constantemente inútil para mejorar la humanidad. Limitada á la naturaleza, la naturaleza le ha respondido rehusándole tenazmente su concurso.

(1) Epístola 1.<sup>a</sup> á los Corintios, cap. 10, vers. 13. — (2) San Lucas, cap. 12, vers. 48. — (3) Génesis, cap. 22, vers. 2.

Y era justo; porque ¿cómo curar el mal con el mal? Y si es exagerado confundir la naturaleza con el mal, á causa del bien que queda en ella, puede decirse al menos que la naturaleza está enferma, y el enfermo no se basta á sí mismo para su curacion: necesita un socorro exterior, tanto mas enérgico cuanto es mas grave su mal. La filosofía espiritualista ni aun ha pensado en buscarlo; ha hecho algunos sabios, si se les puede llamar sabios, pero ha dejado al hombre tal cual nace, y al género humano tal como le encontró Jesucristo. La experiencia la ha convencido de que era tan impotente para curar como para conocer nuestros males.

Así como sigue la sombra al cuerpo, sigue el materialismo á la filosofía espiritualista. Hijo desnaturalizado de la sabiduría humana, entra en el seno de su madre para devorarla, y sus doctrinas parricidas son la gran venganza de Dios contra el orgullo de la razon. Para él nada hay misterioso en nuestra conciencia, porque para él no existe la conciencia; él mata lo que le embaraza, y forma su luz de la muerte. ¿Os hallais entristecidos á causa del vivo pesar interior que produce en vosotros la lucha del bien y del mal; llorais vuestra debilidad sin comprenderla, y pedís al cielo y á la tierra el secreto de este doloroso enigma? El materialismo os dice: ¿Qué extraña inquietud es la vuestra? El misterio que os atormenta, lo creais vosotros mismos. Quereis dar á ciertas cosas el nombre del mal, y á otras el del bien, y oponer á la naturaleza que vive y que habla en vosotros leyes que no conoce. ¿Y os admirais de no hallaros de acuerdo con vosotros mismos, y de que la naturaleza reivindique contra vuestras intenciones su imperecedera libertad? Constituis el cisma en vosotros, y os preguntais de dónde proviene; proviene de vuestra voluntad. Salid de las quimeras y hallaréis la paz con la unidad. ¿Qué sois? Un cuerpo que tiene deseos conformes á sus necesidades, y deleites conformes á sus deseos. Cuando escuchais vuestros deseos, no escuchais mas que vuestras necesidades; y cuando escuchais vuestras necesidades, no haceis mas que obedecer á la naturaleza que os recompensa con deleites. ¿Qué cosa hay mas sencilla, mas justa y mas invencible? ¿Os dice acaso la naturaleza que seais castos? Y si ella no os lo dice, ¿quién tiene derecho de decíroslo? ¿Quizá Dios? pero Dios, ya que creéis en él, ¿es otra cosa que el autor de la naturaleza? y por consiguiente, la voz de la naturaleza, ¿es otra cosa que la suya propia? La idea de Dios no sirve mas que para divinizar vuestro cuerpo, y por consiguiente para divinizar vuestras necesidades, vuestros deseos y vuestros deleites. Lo demás es un sueño.

No descenderé, señores, á refutar esta explicacion de nuestro estado moral; la humanidad, por corrompida que esté, la ha despreciado constantemente. La humanidad hace el mal, pero cree en el bien; lo quiere, lo estima, lo manda, desdeña á quien lo rehusa. Roma, hasta en sus orgías, respetaba el fuego de Vesta; creía y comprendía que hubiese vírgenes para guardarlo; y no obstante hallarse manchada con los vicios de su decadencia, rendía los haces de sus lictores ante el inmemorial vestigio de la castidad. El alma humana es como Roma. Decaída de su santidad primera, se recuerda su augusta tradicion, lleva la vanagloria de esta hasta en el oprobio de sus adulterios, y si, para tranquilizar sus remordimientos, se la quiere lisonjear de no ser mas que un poco de lodo, se levanta por sí misma y confunde con una mirada esta insolente justificacion. Quiere mejor sufrir y temer que olvidar su gloria. Este es, señores, el sentimiento que sobrevive á todas nuestras miserias, y que salva al mundo de las manos sacrilegas del materialismo dogmático. Dejámonos arrastrar por nuestras inclinaciones; pero conocemos que nos queda un santuario donde nos posee aún la virtud, y no queremos que derribe el vicio su altar, por abandonado que este se halle. Si algunos llevan hasta aquí la impiedad de sus sentidos, la mayor parte no consiente en ese furor, y vela una guardia incorruptible en torno de los restos que conservan en el hombre la idea y la esperanza del bien. Si no ha sido pura nuestra vida, nos queda la muerte para repararla; si no basta para esto la muerte, nuestra alma entrevé á lo lejos, mas allá del sepulcro, el aire sin mancha de la inmortalidad, donde tal vez pueda, sumergiéndose en él, hallar el honor y la paz que le faltaba en el mundo. Así echamos el áncora de los santos pensamientos sobre todas las riberas, y aunque nos arranca el materialismo de un punto ó de otro, vuelve á hallarnos en pié en alguna parte, nombrando al porvenir, á la justicia y á la verdad.

Entre las dos doctrinas que acabais de oír, la una que niega el mal, para explicar su presencia en la naturaleza humana, la otra que disminuye esta presencia para dar la razon de ella, se ha colocado hace mucho tiempo un tercer y singular sistema, cuyo buen éxito ha sido tan pasmoso como es hoy profunda su caída. Quiero decir el maniqueísmo. El maniqueísmo reconocía la diferencia del bien y del mal; confesaba que el mal ocupa un gran lugar en la humanidad, y que Dios no puede ser el autor de una situacion tan falsa. Pero no conociendo la causa verdadera de este

desórden, trataba de explicarlo con un pensamiento enteramente extraño, que era la existencia coeterna de dos poderes igualmente soberanos: el uno para el bien y el otro para el mal. Esta doctrina sumamente absurda, puesto que suponía dos infinitos contradictorios, tuvo en el fondo del Oriente un éxito que llegó hasta las playas europeas y amenazó la seguridad del Evangelio: ¡tan bien conoce el espíritu humano la profundidad de sus males, y tanto necesita conocer su origen! La metafísica maniquea no soportaba el exámen; pero daba al corazón una satisfaccion sensible, confesaba una verdad que es la superabundancia del mal en el mundo, justificaba á Dios y no condenaba al hombre. Esto era mucho. Si sus sectarios hubiesen sacado de sus principios una purificacion moral, es probable que su triunfo hubiera sido aún mayor. Pero así como el espiritua-lismo y el materialismo van á parar á la inmoralidad, el primero por impotencia, el segundo por una intencion directa, el maniqueísmo no ha podido librarse de este inevitable resultado de toda doctrina que no conoce el verdadero fondo de la naturaleza humana, y que por consiguiente no puede curarla y purificarla. El horror metafísico que tenían los maniqueos á la carne, como el sitio principal de nuestra corrupcion, no les impidió ser sus víctimas, y llegar á ser para todas las generaciones un ejemplo ilustre de la influencia de los dogmas falsos sobre las costumbres. No os diré mas sobre esta doctrina, la muerte la ha juzgado.

En el siglo último apareció un hombre que habia respirado al nacer esa hermosa luz, cuyas ondas se mezclan á las olas del lago de Ginebra, y que ha creado tantos ingeniosos talentos, San Francisco de Sales, el conde de Maistre, y entre estos dos, aunque muy diferente, el talento de que hablo. Hijo de esas ricas riberas, no encontró en su siglo y no guardó en su alma la pureza de sus aguas. Viósele desde muy temprano alejarse de ellas, pobre, errante, incierto de su corazón tanto como de su suerte, cuando en fin, se despertaron en él súbitamente un día el genio y la gloria. El artesano fué poeta, el vagamundo un sabio, y esta lira tardíamente inspirada no cesó de encantar á su tiempo sino para dejar al nuestro acentos de que aún tiene dificultad en defenderse. Pero no todo se habia engrandecido con el mismo impulso en tan rápida fortuna: la virtud solo no habia seguido en ella sino de lejos la fama y el talento. No obstante, á pesar de pasiones sobrevivientes, este hombre no pudo descender tan abajo al mal como hubiera querido su siglo y hacían temer los extravíos de su pensamiento. Quedóle de su

juventud, de sus montañas y de sus primeras desgracias no sé qué de sincero y de incapaz que le permitió siempre llorar sus extravíos. Juzgándose, pues, y conociendo que se hallaba corrompido, investigó la causa de esta corrupcion, y se dijo á sí mismo: « Juan Jacobo, ¿ no conoces que habias nacido bueno? ¿ Quién te ha hecho malo? ¿ Quién ha extraviado los manantiales de donde fluían en tí naturalmente la sencillez y la bondad? ¿ No ha sido tu siglo? ¿ No ha sido la sociedad en que has vivido? Si, perdido desde tu infancia en las soledades, no hubieras encontrado mas que la naturaleza, los campos, las selvas, el cielo y su suave luz, ¿ no hubiera florecido tu alma sin oprobio y sin gloria como la yerba de los valles? ¿ Hubiera conocido acaso la ingratitud que nace de la insolencia de los protectores, la envidia que se engendra del orgullo de otro, la ambicion que llama el espectáculo de la diversidad de las clases, el libertinaje que es hijo del amor engañado, el disimulo que es una prohibicion contra la duplicidad de los hábiles, y tantas otras pasiones cuyo misterio te ha revelado el mundo justificándolo? ¡ Oh! ¡ Ojalá no hubieses abandonado nunca tus montañas y tu lago! Las grandes poblaciones, al darte la gloria, no te hubieran dado sus vicios, y hubieras muerto ignorado de todos; ¡ pero hubieras llevado á tu humilde sepulcro mejores recuerdos! » Así se decia á sí mismo, aquel de los falsos sabios que ha merecido mas compasion, y esta meditacion melancólica traduciéndose en fin en un sistema regular, fijó este pasmoso axioma: « el hombre nace bueno, pero la sociedad le deprava. »

El reinado de Luis XV oyó esta palabra que jamás se habia pronunciado; esta palabra cayó como un juicio, como una sentencia sobre la sociedad mas corrompida que hubo desde la caída del cristianismo, sociedad madura para su ruína y dichosa en aplaudir la elocuencia que la preparaba. Y ya no se trató entre aquellos afeeminados sino de las delicias y de la inocencia del estado salvaje: envidiábase, al parecer, la dicha de vivir en el fondo de las selvas, lejos de las huellas borradas de toda civilizacion. Definíase la sociedad solamente diciendo, que era un estado contra la naturaleza; buscábanse penosamente sus orígenes, y hallábanse academias para autorizar estas investigaciones, coronándolas. ¿ Y qué habia sucedido de nuevo en el mundo? Nada, señores, nada; era la eterna cuestion del mal considerada bajo otro aspecto; pero siempre con la intencion de excusar al hombre y de justificar á Dios. El naturalismo de Juan Jacobo Rousseau, por extravagante que fuese,

puesto que negaba un hecho tan notorio como el dia, á saber, la sociabilidad humana, este naturalismo era fruto de las mismas necesidades que habian engendrado los sistemas de los tiempos anteriores. Satisfacia los remordimientos rechazando la culpa sobre una causa que no era el corazon del culpable, y honraba la filosofía, desviando así de Dios la responsabilidad. ¡ Ah! rios de sangre han pasado sobre todo esto, sobre la doctrina, sobre el poeta, sobre la generacion que aplaudia á la una y al otro; y hoy desengañados por la experiencia, aunque no convertidos á la verdad, apenas comprendemos el entusiasmo que acogió las fábulas del Emilio. Se nos habla de cambiar la sociedad completamente; no se nos habla ya de apostatar de la civilizacion; y los que no creen aún en el cristianismo, lo creen al menos mas moral que á Juan Jacobo, que á Manés, que á Epicuro y aun que á Platon.

La moralidad de las consecuencias, en esta famosa cuestion del origen del mal, ha juzgado la verdad de los principios. Ningun sistema, fuera del cristianismo, ha podido fundar un poder que perfeccionase al hombre y á la sociedad. Todos han buscado su punto de apoyo en la naturaleza; el cristianismo solo ha dicho: Es necesario curar la naturaleza, y solo, diciendo esto, ha dado al alma el secreto de una fuerza que no se le habia rehusado enteramente jamás, pero de que ella no sabia ó no queria servirse. Resulta de estas dos experiencias, la una que ha probado la ineficacia de la filosofía humana aplicada á la ciencia y á la destruccion del mal, la otra que ha probado el poder del cristianismo aplicado á este mismo trabajo de moralizacion, que en efecto la naturaleza humana está enferma, que hay fuera de ella un bálsamo destinado por Dios para curar su herida. Este bálsamo divino, anterior al mal y que no ha consumido el mal, es el principio único de la perfectibilidad individual y social del género humano; sin él, el hombre no llega mas que á una virtud imperfecta, tal como se la ha observado en los héroes y los sabios del paganismo, y los pueblos, si se elevan á una civilizacion brillante, solo toman en ella los medios de oprimir mas almas bajo la injusticia de sus armas y de su legislacion. El hombre está enfermo, es preciso curarle, se le puede curar, el cristianismo le ha curado en parte; hé aquí, señores, verdades de hecho que nos encaminan á dos cuestiones finales: la primera es saber cómo la caída del hombre primitivo se ha transmitido á la humanidad entera; la segunda, cómo ha vuelto á levantarse la humanidad de este estado de injusticia y de abatimiento.